

# MACHETES POR RUANDA

**Sandra González Herranz**

*En el fondo, un hombre es como un animal: das el corte en la cabeza o en el cuello y se cae solo. Los primeros días, quienes habían sacrificado ya pollos, y sobre todo cabras, llevaban ventaja; es lógico. Luego todo el mundo se acostumbró a esa actividad y se puso al día.*

*(Una temporada de machetes, de Jean Hatzfeld)*

- Tienen razón, no sé por qué siguen viviendo aquí. Está claro que quieren acabar con nosotros.

- ¡Sí! Mi padre dice que nos matarán a todos, quieren hacerse con el poder.

- No podemos permitirlo. ¡Malditas cucarachas!

Estaba sentada en el patio de la escuela, con mis amigos, hablaban sobre una importante emisora de radio que nuestra profesora nos había recomendado escuchar. No era la primera vez que nos

hablaban sobre la Radio de las Mil Colonias, pero yo nunca la había escuchado. Nuestro padre nos prohibía a mí y a todos mis hermanos escuchar la radio.

Sin embargo, él siempre tenía el aparato en la mano, caminaba por la casa con la radio pegada a la oreja y maldecía y se enfadaba con las voces que salían de ella. Mi madre siempre trataba de calmarlo y le rogaba que tirara el trasto a la basura, pero él nunca escuchaba.

Nunca había visto a mi padre llorar, pero esa tarde al volver de la escuela se encontraba en el suelo con la cara entre las manos, mientras mi madre lo abrazaba y susurraba que todo pasaría pronto. Cuando mi madre vio que los observaba me indicó con el brazo que debía subir a mi habitación, así que obedecí. Sentados en mi cama, estaban mi hermano mayor y Munik, una de mis hermanas.

- ¡Sal de aquí! - dijo ella.

- Pero mamá me ha dicho que me quedara en el cuarto.

- Déjala, no importa - contestó mi hermano -. Eh, Nsyah, ¿sabes guardar un secreto?

- Claro- dije de forma inocente.

Mi hermano sacó la radio de mi padre que estaba ocultando tras la espalda, con una sonrisa en el rostro. Me quedé paralizada, sabía que, si mi padre se enteraba, se enfadaría.

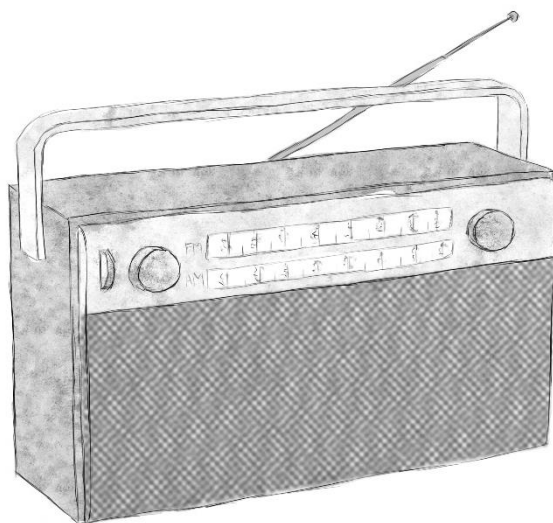
- Alphonse, ¿por qué tienes eso? - pregunté asustada.

- La he cogido sin que papá se dé cuenta. Pero no tiene por qué saberlo si tú no se lo dices. Todos mis amigos hablan sobre la radio, tenía que escucharla - contestó mientras mi hermana asentía -. Nuestros

padres nos han estado ocultando muchas cosas. Están pasando cosas muy importantes.

- Déjala, es demasiado pequeña para entenderlo - dijo mi hermana con un tono burlón.

- Pero ella sabe guardar un secreto. ¿Verdad que sí, Nsyah?



*Estas escuchando a Valérie Beneriki para la RTL, la radio del Poder Hutu. Un saludo para nuestros chicos que están haciendo muy bien su trabajo. Esa gente es de una raza asquerosa, no sé si Dios podrá ayudarnos. Tendremos que exterminarlos nosotros, tenemos que deshacernos de ellos, es la única solución. Tenemos que exterminarlos...*

A la mañana siguiente, no fuimos a la escuela. Nunca había visto tan enfadado a Alphonse. Discutió durante horas con mi padre y, aunque nos habían mandado a nuestra habitación, seguíamos oyendo los gritos. Al rato apareció mi hermano en la habitación, seguido por mi madre, que le dijo que tenía que aprender a respetar a su padre, que estaba trabajando muy duro para pagarnos la educación.

Mi padre trabajaba en el periódico local, pasaba muchas horas fuera de casa y apenas hablábamos con él porque los ratos que pasaba en casa no se separaba de su radio. Últimamente se le veía muy preocupado, al igual que a mi madre, y las discusiones con Alphonse no ayudaban a rebajar la palpable tensión que existía en la casa.

Estuvimos todo el día encerrados en nuestro cuarto. Yo intenté entretenerme jugando con mis hermanos más pequeños, pero no podía ignorar la conversación de los mayores. Alphonse no paraba de repetir que su lugar estaba fuera, donde estaban ocurriendo hechos históricos en los que tenía que participar. Mi hermana se reía y decía que no podía pensar esas cosas realmente, pero no vi sonreír a Alphonse ni una sola vez durante todo el día.

- ¡Son unas asquerosas cucarachas! - dijo mi hermano en un momento, levantándose de la cama enfadado.

- ¡Cállate! - exclamó Munik agarrándolo por el brazo - ¿No te das cuenta de que tu madre también es tutsi? - añadió bajando el tono.

Durante los días siguientes no salimos a la calle, mis padres estaban muy preocupados y la rabia de Alphonse iba en aumento. Mi padre reunió a toda la familia en el comedor y nos prometió que nos contaría todo lo que estaba ocurriendo.

- Está ocurriendo algo muy grave en el país – comenzó -. Como sabréis, hace tres días el avión del presidente Habyarimana fue abatido por un misil. Mucha gente piensa que los causantes de este atentado son los tutsis, el FPR...

- ¡Porque es así! ¿Quién si no? - interrumpió Alphonse.

- ¡Cállate! - ordenó mi madre.

- No eres quién para decirme lo que tengo que hacer - dijo mi hermano amenazando a mi madre con el dedo mientras se levantaba del asiento -, no creas que te vas a librar de tu parte de culpa por haberte casado con un hutu.

- ¡Alphonse, no te atrevas a hablar así a tu madre -mi padre se levantó enfrentándose a mi hermano y le dio una bofetada. Alphonse, por su parte, se levantó airado y se dispuso a salir de la habitación.

- No podéis salir a la calle, no es seguro para nadie - añadió mi padre -, unos lunáticos se han levantado contra los tutsis y prometen no parar hasta haberlos matado a todos. Kigali ha sido tomado por las milicias Interahamwe.

- No tenéis nada que temer chicos - dijo mi hermano con una sonrisa desde la puerta -, vosotros estáis limpios.

No volvimos a ver a mi hermano. Esa noche no pude dormir, estaba preocupada por mi madre y tenía miedo de salir a la calle porque no sabía lo que me podía encontrar. Me sentía impotente ante la situación, no podía hacer nada por ella. Mientras daba vueltas en la cama oí a mis padres hablando en su habitación, me levanté y caminé hacia su puerta, con la intención de decirles lo que temía, pero antes de entrar en el cuarto paré a escuchar su conversación.

- ¿Qué vamos a hacer? - dijo mi madre entre sollozos.

- No lo sé, no podemos hacer nada más que esperar.

- ¿Crees que esto acabará pronto?

- Estoy seguro, las fuerzas internacionales de la ONU pararán esta locura. Pero debemos permanecer escondidos hasta que eso suceda.

Salí corriendo y me cerré en mi habitación escondiéndome bajo las sábanas y comencé a llorar. Mi hermano Jamal debió de oírme porque se metió en la cama y me abrazó acariciándome el pelo mientras susurraba que todo iría bien. Pero sé que ni siquiera él estaba convencido de ello.

Mi padre dejó de escuchar la radio a escondidas, ahora nos reuníamos todos en el comedor alrededor del aparato. Pasábamos mucho tiempo así, esperando escuchar en algún momento noticias esperanzadoras, pero nunca llegaban. Una tarde, mientras Munik y yo tratábamos de ayudar a nuestra madre a preparar algo de comida con lo que quedaba en casa, entró Jamal sobresaltado en la cocina diciéndole a mi madre que tenía que ir al comedor en ese instante. Munik y yo miramos preocupadas a Jamal, que no era capaz de mantener el contacto visual con nosotras.

- ¡Tenemos que irnos! - mi madre apareció de nuevo en la cocina, llevando a mi hermano pequeño en brazos y con lágrimas en los ojos. La seguía mi padre.

- ¿Qué pasa? - preguntó mi hermana preocupada.

- ¡Vámonos! - ordenó mi padre - ¡Ya!

Llevábamos una semana encerrados en nuestra casa, habíamos oído en la radio lo que ocurría en las calles, pero no era comparable a lo que nos encontramos al salir. Abril es temporada de lluvia en Ruanda,

por lo que las calles estaban encharcadas y llenas de barro, pero no solo eso, el agua se había mezclado con la sangre que corría por las calles. Cuando huyes y no tienes un lugar en el que descansar, la lluvia es un gran impedimento, tratábamos de refugiarnos de ella bajo los árboles, pero era más importante refugiarnos de los asesinos que paseaban por la ciudad armados con machetes que de la lluvia.

El olor era horrible, olía a muerte. Los cadáveres se amontonaban en las cunetas y las aceras, otros estaban tirados en mitad de la calle y los vehículos pasaban sobre ellos como si nada. Mi madre trataba de tapar los ojos de mis hermanos pequeños, pero era inútil. Tratábamos de refugiarnos en calles poco transitadas, evitando encontrarnos con otras personas, no podíamos confiar en nadie.

Cada manzana que pasábamos encontrábamos un control, con milicianos armados con machetes y armas de fuego, que pedían la documentación de las personas que pasaban por allí. En nuestro documento de identidad se indicaba la etnia a la que pertenecíamos, por lo que no podíamos dejar que nadie se lo pidiera a mi madre, así que siempre los evitábamos. Jamal estaba convencido de que a nosotros no nos harían daño ya que en Ruanda los hijos obtienen la etnia de su padre, en este caso, hutu. Todos éramos hutus, menos mi madre. Sin embargo, papá no nos dejaba a ninguno separarnos del grupo, argumentando que no puedes fiarte de un grupo de hombres armados que asesinan personas inocentes. No podíamos fiarnos.

Esa noche encontramos un lugar que parecía seguro, un callejón sin luz del que salían dos pequeñas calles que daban a zonas abiertas de bosque, por lo que podíamos escapar por ellas si lo necesitábamos. Estaba llena de cuerpos sin vida, por lo que mi madre dudó, pero mi padre indicó que en esa zona ya se había llevado a cabo la matanza y tardarían en volver a pasar por allí.

Mis hermanos pequeños dormían acurrucados sobre mis padres, pero estos no se permitían el lujo de cerrar los ojos. A mi lado, Munik y Jamal susurraban sobre lo ocurrido antes en casa:

- ¿Por qué hemos tenido que irnos? – preguntó Munik preocupada.

- En la radio – contestó mi hermano – dijeron unos nombres, papá dijo que eran compañeros de trabajo, que los conocía.

- Pero ¿qué importa que dijeran esos nombres?

- No los nombraron sin ninguna razón. – Jamal bajó tanto el tono de voz que me resultaba casi imposible escuchar lo que decía– Según el locutor, era una lista de personas que debían morir.

- ¿Tutsis?

- No– el rostro de mi hermano se ensombreció - personas relacionadas con tutsis, personas que los protegen. Personas como nosotros.

Finalmente conseguí dormir unas horas, mi hermana me abrazaba para que me sintiera tranquila. En mitad de la noche me desperté y vi un perro arrancando la carne de uno de los cadáveres. Cerré los ojos rápidamente tratando de borrar lo que acababa de ver, pero no fui capaz. Aquella imagen se me había quedado grabada y podía verlo incluso con los ojos cerrados. Entonces oí unas voces de hombres que provenían de uno de los callejones. Me quedé paralizada, no sabía qué hacer, ¿debía alertar a mi familia? Si lo hacía era posible que nos oyeran tratando de huir, ¿era mejor entonces quedarme inmóvil rezando para que no se acercaran?



Me levanté tratando de ser lo más silenciosa posible y me acerqué al callejón, escondiéndome tras una de las paredes, el perro se acercó a mí y traté de ahuyentarlo en silencio, pero no sirvió de nada y comenzó a beber de un charco de agua rojiza que había a mis pies. Lo ignoré y agucé mi oído tratando de enterarme de la conversación de los hombres. Solo fui capaz de entender palabras sueltas y carcajadas sonoras, parecían borrachos. Cuando iba a asomar la cabeza para tratar de ver qué había al otro lado una mano en mi hombro me sobresaltó, pero al ver que era mi padre quien se encontraba detrás de mí volví a respirar. Me miraba con preocupación, pasó su brazo por encima de mis hombros y me acompañó a donde toda la familia descansaba.

A la mañana siguiente mi padre nos despertó bruscamente, teníamos que abandonar nuestro escondite. Reanudamos la marcha, esquivando los controles que los soldados llevaban a cabo con barricadas y camiones cortando la calle. A los tutsis les hacían subir a los camiones y los hutus podían irse. Llegamos a la escuela. Era mi escuela, donde cada día iba con mis hermanos a estudiar. Ahora se había convertido en un posible refugio. Mi madre no estaba convencida. Tenía miedo por nosotros.

- Debería irme, siguiendo con vosotros os estoy poniendo en peligro.

- ¡No! – gritó el más pequeño de mis hermanos mientras se agarraba al cuello de mi madre.

- Mamá no nos dejes – añadió Munik, llorando.

- No dejaré que nadie se separe del grupo – concluyó mi padre -, nos necesitamos. Somos una familia y no dejaremos a nadie atrás.

Mi madre hizo un gesto como para responder, pero finalmente no dijo nada.

La entrada a la escuela estaba protegida por policías, uno de ellos nos dijo que allí estaríamos seguros y nos acompañó al interior del centro. Aquello estaba repleto de gente sentada en el suelo, con los rostros ensombrecidos por el miedo y la angustia, gente llorando, tratando de comprender el horror que se vivía en las calles. Buscamos un lugar en el que sentarnos, era difícil con tanta gente, pero finalmente encontramos un hueco en una de las aulas. Mi madre se sentó con mi hermano pequeño en brazos que no quería separarse de ella ni un segundo. Estaba cansada, al igual que los demás. Munik también se sentó y yo la seguí y la abracé fuerte. Empezamos a llorar las dos y así estuvimos un rato hasta que no nos quedaron lágrimas.

Por la noche una mujer que descansaba junto a nosotros nos ofreció algo de alimento a los más pequeños, mi madre no paraba de repetir lo agradecida que estaba por ese gesto y la mujer insistía en que nos teníamos que apoyar los unos a los otros. Entonces mi madre rompió a llorar y mi padre la abrazó. No paraba de repetir que moriríamos todos.

- No permitiré que eso pase- decía mi padre. - Además, los soldados de la ONU llegarán en cualquier momento y detendrán esta locura.

Mi madre levantó la cabeza de los brazos de mi padre y miró a la mujer fijamente a los ojos.

- ¿Ha visto algo de lo que ocurre ahí fuera? Necesito saber cómo voy a morir.

- Por favor, déjalo, no digas eso... - trató de calmarla mi padre.

- ¡Necesito saberlo!

- Tranquila, cariño. Aquí estamos a salvo. – Le dijo mi padre estrechándola entre sus brazos.

La mujer miró hacia abajo, midiendo sus palabras, Munik, Jamal y yo pasamos a escuchar atentamente su conversación.

- Llegaron de repente. Eran un grupo de chicos muy jóvenes, del barrio. Alguno de ellos iba a la escuela con mis hijos. Vimos cómo sacaban de la casa a mis vecinos de al lado. Les empujaban e insultaban. Ya en la calle, vimos cómo mataban con sus machetes a los niños sin la menor compasión. Había un bebé de pocos meses al que lanzaron contra la pared como si fuera un muñeco. A la hija mayor, que no tendría más de once años, la tiraron al suelo y allí, uno tras otro, la violaron y...

Se echó a llorar, no pudo contener la emoción y un hombre que se encontraba a su lado que debía ser su marido la abrazó, continuando el relato.

- Entonces fue cuando aprovechamos para escondernos en la fosa séptica que queda detrás de nuestra casa. Así es como pudimos escapar de aquellas bestias y llegar hasta aquí.

Munik miró a Jamal con los ojos llenos de lágrimas, palideciendo.

- ¿Crees que Alphonse es uno de ellos? - susurró.

Nunca he vivido nada peor que lo que sucedió esa noche. Los hombres de la Interahamwe entraron en la escuela arrasando con todo lo que encontraban a su paso, ni siquiera se trataba ya de un conflicto étnico, mataban a cualquier persona que vieran, querían causar el mayor dolor posible. No sé cuántos eran, tal vez cien, pero por el horror que causaron cualquiera podría haber asegurado que se trataba de miles de asesinos.

- Nos han encontrado- dijo mi madre.

Nos levantamos rápidamente. Mi padre cogió a mi hermano en brazos y corrimos entre la marea de gente que se agolpaba por salir de allí. Era imposible moverse entre tanta gente, pero hacíamos lo imposible por conseguir avanzar.

Fue inútil. En unos minutos estábamos rodeados de hombres armados que empezaron a dispararnos con sus pistolas. Mi padre fue alcanzado por un disparo en la cabeza y cayó al suelo con mi hermano pequeño junto a él. Los disparos continuaron. Munik recibió uno en la pierna y al caer, uno de aquellos salvajes le asestó un machetazo en el cuello. Se oyó una explosión al fondo de la sala seguida de gritos de dolor y terror. Los disparos no cesaban y solo lo hicieron para dar paso al ruido de los golpes de machete que aquellas bestias descargaban con toda su furia. Pronto el suelo estaba completamente encharcado de sangre. El sonido de los gritos de dolor y terror se mezclaba con el de los machetes golpeando sin cesar y los gritos de locura de los propios milicianos. Había sangre por todas partes. Yo perdí la noción del tiempo y de la realidad.

Vi cómo arrancaron a mi hermano de los brazos de mi madre y lo lanzaron contra el suelo donde le pisaron la cabeza. Otro de ellos asesinó a mi madre de un martillazo en la frente. Un hombre me agarró del pelo y trató de sacarme de allí, pero Jamal le golpeó con una tabla de madera de una mesa y me soltó. El hombre cortó la cara de mi hermano con su machete, haciendo que su ojo saltara de la cuenca, y una vez en el suelo pisó sus dos rodillas y le pegó dos machetazos en la espalda. Cuando me agaché sobre mi hermano sentí un golpe en la espalda y un dolor horrible. Apenas podía moverme, pensé que iba a morir.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que todo aquello paró y los hombres se fueron. Antes de irse revisaron los cuerpos, buscando supervivientes. Me quedé muy quieta, escondida entre los cadáveres de otras personas. Pasaron a mi lado y yo no me atreví ni a respirar. Cuando abandonaron el aula, no se oía nada. Solo silencio, en contraste con el

horrible ruido que no cesó durante la matanza. A mi alrededor solo había muertos. Muertos y más muertos.

Después de un tiempo atenazada por el miedo y el dolor, logré sacar fuerzas de mi interior y levantarme. Miré a mi alrededor y vi cientos de personas muertas, todos los miembros de mi familia entre ellos. Estaba sola. Caminé entre los cuerpos como pude, dispuesta a abandonar la escuela. Tenía que encontrar un nuevo escondite.